

Muchos han escuchado canciones que narran antiguas leyendas, pero pocos deciden vivir con heroicidad para luego crear sus propias canciones. Esta historia tuvo lugar hace muchos años, antes de que el gran continente se dividiera en varios. Muy al norte del vasto mundo en el que nos encontramos, se hallaba el reino de las Altas Montañas, rodeado por imponentes picos montañosos, repleto de bosques y lagunas azules. Sus habitantes eran altos, de ojos oscuros, piel clara y pecas, admirados en todo el mundo y conocidos como los más inteligentes. Sin embargo, como era de esperar, algunos no podían aceptar la prosperidad ajena. Así, las naciones cercanas, envueltas en su envidia, decidieron unirse y se hicieron conocer como los Rebeldes del Valle. A la sombra de las montañas, se prepararon para tomar el control del reino del Norte.

El primer ataque de los rebeldes ocurrió durante la lluvia de las estrellas doradas, cuando el cielo nocturno se iluminó como el día, hace 7 años. Al día siguiente de esa gran batalla, el día se sintió lúgubre y oscuro. Los últimos años han sido difíciles, pero el Norte ha ido recuperando poco a poco su fuerza gracias a su reina Arlantak, una mujer viuda, respetable y valiente, y a la esperanza depositada en Dugzar, el hijo de la reina.

Cuando llegaba la primavera en el reino de las Altas Montañas, durante una semana entera, desde las primeras horas del día hasta el anochecer, se colocaban guiraldas por todas partes. Con este rito, cada familia trataba de recordar la historia pasada, donde el Norte perdió a su rey, la reina a su esposo y el pequeño Dugzar a su padre; fue el costo de la libertad. En esta semana, las alegres melodías de los días anteriores, producto de la victoria, cambiaban a canciones tristes por Dugzar Zar, el rey que ya no formaba parte en nada de lo que se hacía bajo el sol. Era amado por su pueblo, y fue el motivo de las largas noches de llanto de la reina. Aunque era desgarrador recordar el pasado, era necesario; solo así se podía entender y vivir conscientemente la libertad que ahora poseían.

Al cuarto día de la semana, el cielo matutino se llenó de una densa nube de humo proveniente de los valles, aquellos que habían sido derrotados y que habían causado tanto dolor. En todos estos años de silencio, solamente habían alimentado su ira envidiosa y habían crecido como nunca, esta vez decididos a acabar con la fortaleza de las Altas Montañas. Rápidamente, la batalla comenzó nuevamente. La reina descendió hasta los valles con toda su tropa y peleó como la reina más valiente que el Norte haya conocido. Sin embargo, a pocas horas se supo que alguien más tendría que escribir sus canciones.

Mientras tanto, el príncipe Dugzar ya se encontraba lejos de la costa. Su dolor fue evidente al escuchar los cuernos que anunciaban la aparente victoria de los Rebeldes. No pudo contener sus lágrimas, pero debía ser obediente a su madre y llegar a las Islas Blancas del océano, que estaban bajo dominio del rey Mbombao. Sus habitantes eran muy unidos y fuertes, eran Islas cercanas entre sí, pero estaban separadas del gran continente por inmensas cantidades de agua salada.

La noche en alta mar estaba fría, pero sin nubes, el cielo con la luna y las incontables estrellas se reflejaban en las aguas, motivo suficiente para dormir en la cubierta con algunas frazadas. Disfrutar del cielo nocturno tenía sus ventajas, debes en cuando el cielo se iluminaba con colores violáceos con el paso de las estrellas fugaces provenientes del suroeste, a veces se escuchaba a lo lejos el canto de las ballenas doradas, y fueron casi tres veces durante aquella noche que el barco se llenó de aves blancas que estaban migrando hacia las inexploradas costas lejanas.

Al atardecer del tercer día, el joven Dugzar comenzó a ver borrosamente una de las islas. Pronto estaba rodeado de muchas islas con elevados picos y costas de blancas arenas. Anheló descender para conocer la playa, pero la orden era clara: el príncipe no podía tocar ninguna otra tierra hasta llegar al reino de Mbombao y Amia. A una hora de viaje en barco real, hacia el oeste, uno de los que vigilaban el horizonte azul tocó la trompeta y gritó: "¡Barco a la vista!" Automáticamente, los reyes dieron la orden y, tomado de brazos, de a poco se acercaron a la costa, mientras todas las banderas se alzaban. Los primeros pasos del príncipe Dugzar en tierras lejanas fueron en dirección a las coronas. Demostró reverencia, tal como su madre le había indicado, y luego sus ojos oscuros se fijaron en las princesas. Eran pelirrojas, algo poco común en el Norte. Ambas llevaban coronas de flores amarillas y vestidos blancos y delicados. Serían iguales si no fuera por el nombre y el color de sus ojos: Enemora de ojos azules y Rubí de ojos verdes.

No se conocía mucho sobre la gente de las Islas Blancas pero se sabía que la única forma de obtener su ayuda era contrayendo matrimonio real, y para ello, el pretendiente debía presentar una oferta generosa que destacara por encima del resto. Dugzar llegó como huérfano, sin tierras, sin nada, recientemente había perdido todo. ¿Qué podía ofrecer?... Puedo decir que actuó de manera impredecible. Respiró profundamente y procedió a mencionar su procedencia y la riqueza de su reino, sin decir nada sobre el trágico final de todo lo que amaba. Se presentó como alguien que no daba importancia a las posesiones materiales y que su llegada a las Islas Blancas era en busca de un corazón simple y genuino, como el suyo, motivo por el cual vino sin nada. El rey Mbombao tenía conocimiento de los títulos de las Altas Montañas, y también de su reciente desgracia, pero no podía interferir en las decisiones de sus hijas, fueron criadas sabiamente para tomar esta gran decisión. Dugzar habló de tal manera que cautivo profundamente a Enemora, por lo que ella lo eligió como prometido. Poco se sabía de las Islas Blancas, y resultó que, en ocasión de matrimonio, los reyes y el ejército de las Islas Blancas viajaban hasta las tierras del pretendiente para demostrar su grandeza y su fuerza, y que mejor manera de demostrar la grandeza ayudando a quien lo necesita... Algunos juzgan todo lo que hizo y dijo Dugzar, declarándolo como inmerecedor de Enemora y de la salvación provista por las Islas Blancas. Otros entienden que Dugzar en ningún momento fue ajeno a lo que contaba, simplemente eligió que contar. En fin, solo puedo decir que hasta hoy en las Altas montañas y en las Islas Blancas se escuchan las canciones que escribió Dugzar sobre su madre.